

Estos días he pensado y rezado lo suficiente a propósito de cuántas huellas, cuantos trazos indelebles ha dejado en mi vida ACDE. Este tipo de marcas son las que nos van conformando y realizando como personas, pues el desafío de vivir no es otro que el de irnos construyendo en base a las grandes decisiones que tomamos, pero también –y sobre todo- en base a las relaciones que generamos. Relaciones sinceras y profundas, genuinamente humanas, que nos comprometen hacia el futuro con quienes compartimos la existencia.

Futuro que por su esencia se presenta incierto, y en razón de ello, comprometerse siempre será riesgoso. Pero un riesgo que debe ser asumido para ennoblecer la vida, ya que si no lo corriésemos, nos presentaríamos mezquinos ante esa vida que se nos ha donado.

No se nos está permitido vivir de otra forma que no sea así, con pasión, con arrojo, con entusiasmo y todo gozosamente. Porque el gozo es un estado del alma, es en sí una expresión del espíritu. Vivir gozosamente no significa que todo va perfecto, que no hay sufrimientos y tribulaciones. No se trata del estar alegre todo el tiempo o del simple disfrute, se trata -más bien- de un alma consolada, en paz. Y ese Consuelo y esa Paz no nos viene como resultado de la ingesta de algún químico, de unas buenas vacaciones, de un negocio exitoso o como resultado de ciertos procesos químicos-biológicos que acontecen en el cerebro y resultan en una sensación placentera. Pensarlo así es de un reduccionismo que alarma.

El gozo es algo mucho más real, porque proviene de Dios, de su Espíritu. Se trata por tanto de una experiencia espiritual. Pero esta realidad no se juega en el más allá o en un mundo que sólo esperamos en base a una promesa o un deseo, sino que se debate en nuestra vida, ésta vida, la de todos los días, con sus luces y sobras, con sus triunfos y fracasos, con nuestras decisiones de todos los días y en las relaciones que nos comprometen.

Quiero decirles que he vivido con gozo todos estos años que he compartido con ustedes.

Unas veces mi corazón ha palpitado admirado ante el ejemplo de abnegación y gratuidad con la que se donan (sus horas, su experiencia, su dinero, su salud). En alguna reflexión les decía que “los grupos GADES, GREM y las diversas Comisiones de ACDE son experiencia y conocimiento transmitido gratuita y generosamente, movidos por el único deseo de que le vaya bien al otro y de hacer de este mundo algo mejor de lo que lo han recibido. Solidaridad no teórica, ni de púlpito, sino vivida. Mis caídas y mis errores, mi volver a empezar una y otra vez, mi experticia adquirida por los años al frente de una empresa, hacen evitar que otros caigan y que puedan tomar las mejores decisiones, y no sólo en sus empresas, también en la vida cotidiana, en las cuestiones más domésticas, dónde, en verdad, se debate la Vida.” Por eso los admiro.

Otras veces también he sufrido con ustedes, enfrentados a verdaderos dilemas éticos que ponían en juego toda nuestra prédica, por circunstancias que exigieron decisiones tan necesarias como dolorosas, que de no asumirlas el futuro de ACDE se vería seriamente comprometido. Encrucijadas que reclamaron un alto grado de responsabilidad, compromiso y coraje. En otra de las reflexiones lo llamábamos “la peor y más trágica hora para un verdadero empresario”.

Ustedes son un grupo de personas a las que admiro, no es nada fácil ser empresario, emprendedor en este nuestro querido país; no hace falta enumerar las infinitas trabas y desventajas con las que se enfrentan a diario, sólo por eso sería suficiente como para admirarlos. Pero en realidad los admiro –sobretudo- porque esta tarea, en ustedes, es una vocación a la que responden todos los días con renovado coraje. No quieren ser cualquier tipo de dirigente de empresas, es más, se comprometen con una forma, con un estilo particular, que tiene en cuenta, en primer término, la centralidad en la persona humana, como meta el Bien Común y como desafío transformar la empresa en una verdadera comunidad de personas, donde el interés de todos cuenta.

Agradezco a Dios por ACDE y decir ACDE es decir ustedes, agradezco a Dios por ustedes. No pocas veces, aunque seguramente no sean del todo conscientes, era aquí en ACDE dónde me sentía sacerdote, en el medio de un sin número de actividades y situaciones bastante lejanas al llamado que Dios me había hecho y tal vez –sin tal vez- más cercanas a las que ustedes desarrollan en el mundo de las empresas. Es cierto también, que estas circunstancias, me hicieron comprender mejor, desde mi propia carne, las angustias, los desafíos, preocupaciones y soledades de la vida del empresario. Por eso y sólo por eso, no reniego de lo que me ha tocado.

He tenido la dicha de acompañar la presidencia de Carlos Borba, de Martín Carriquiry y en este último tiempo de Fernando Rachetti. Por todos me he sentido querido, respetado e integrado. Me consta que no han tenido otro interés que el bien de ACDE.

Fernando y su consejo directivo han asumido la espinosa tarea de conducir un período difícil en la vida de nuestra querida ACDE. Me atrevo a afirmar que Dios nos ha dado al mejor presidente y consejo directivo que necesitábamos en este tiempo. Y lo digo sabiendo que Fernando es un hombre de fe, quién desde el primer momento ha asumido esta tarea como un verdadero apostolado, como un llamado que Dios le hacía y como una respuesta que él le ha dado.

No importa si han habido errores y aciertos –que los han habido- lo que importa es que en todo, en cada decisión, ha estado presente la conciencia más preclara que los ha llevado a actuar siempre con responsabilidad según su recta conciencia. Fernando no se ha ahorrado entrega, trabajo, oración, dolor, lágrimas, intrepidez y compromiso. Yo sé y vos también Fernando dónde ha estado y dónde estará tu recompensa. Por eso sé que tu alma está en gozo, de ese gozo del que les hablé al principio, de ese Consuelo y de esa Paz que Dios da a los que son rectos.

Hoy asume un nuevo presidente Guillermo Garrone, no tengo dudas que estará a la altura de sus antecesores.

Finalmente quiero pedirles dos cosas.

El primer pedido es de perdón, perdón por las ausencias, por no haber estado muchas veces a la altura, por no ser -tal vez- un gran testimonio. De hecho esto me ha atormentado tanto que he renunciado para dar lugar a otro asesor doctrinal con mejores facultades y virtudes que las mías. Ustedes se merecen algo mejor.

El segundo pedido es que no bajen los brazos, los necesitamos, necesitamos del testimonio de ustedes, necesitamos a ACDE fuerte, que se haga oír por todos lados, es una hermosa, sublime y desafiante obra de amor, como las que agradan a Dios.